

muertos, con el freno viviente de una reverencia verdadera y delicada por los espíritus superiores y congeniales. «¿Cómo puede el rey ser más grande que yo, si no es más justo?».

«Cuando hablo del elemento democrático no me refiero a esa cosa perversa, vana y vocinglera que escribe periódicos mendaces, grita en mítines y vende sus mentiras por oro, sino al espíritu de amor del bien general que el nombre supone. Nada del verdadero elemento democrático hay en lo que se llama democracia, la cual, siendo enteramente comercial, debe caer. Suplico que no se crea que yo alabo nada que el alma de cada cual no apruebe, por muy gratos que algunos nombres sean al oído y al bolsillo».

Su preocupación creciente con el estado de la política en los Estados Unidos—el apego de los *whigs* a la propiedad y de los demócratas a la chusma—lo condujo a un análisis de los partidos políticos y de la naturaleza del Estado como entidad política.

En sus especulaciones tocantes a la naturaleza y funciones de la república ideal—tema en que pensaba mucho—formuló lo que puede llamarse la teoría transcendentalista de la política, que se asemeja mucho al anarquismo filosófico. Tranquilamente echó a la basura todo el com-